

CAPÍTULO IV

FIRMAS TRANSNACIONALES Y UNIDAD ACTIVA

Dice el señor Perroux que el estudio de las sociedades transnacionales presenta una dificultad de definición; pero que no es por el placer de cambiar la terminología usual sino para señalar un punto de fondo que se escoge el término "unidades transnacionales".

Unidades; no compañías, sociedades o firmas; se sugiere, así desde el principio, que se trata de unidades privadas, simples o complejas, macrounidades, o grupos eventualmente en relaciones duraderas con unidades públicas y beneficiándose en todos los casos con las infraestructuras y las organizaciones colectivas.

El epíteto transnacional señala con cierta insistencia que tales unidades "desbordan" la nación, van "más allá" de ésta, no sólo como una extensión territorial, sino en los movimientos de un conflicto —concurso, de una lucha—cooperación con los centros públicos que representan (o que se considera que representan) a las poblaciones nacionales.

Ya "el mundo" no se presenta ni como un mercado ni como una red de intercambios entre "naciones" por la relación entre los costos y los precios relativos de las mercancías individuales.

El mundo se ofrece ahora al observador como una red de intercambios que recibe el impacto de la desigualdad de poderes entre subconjuntos económicos estructurados (industrias, sectores).

Cuando el espacio económico inicial de su actividad no le procura la ganancia objetiva de su estrategia, la gran empresa puede desplazar sus fuentes de aprovisionamiento (*inputs*) y las ventas (*outputs*); en uno y otro caso ella cambia de mercados o a veces los crea. Eso puede pasar en la misma nación o extenderse luego a otras. Entonces no sólo son transnacionales, sino que además están asociadas en cierta simbiosis con el Estado nacional emisor y en una simbiosis más con los Estados nacionales receptores.

Es en las tres perspectivas: la de la dimensión, la del cambio deliberado de los mercados y de la combinación de lo privado y de lo público que se puede entender la actividad y, asimismo, el activismo de la empresa transnacional.

Ella es muy capaz de modificar sus organismos periféricos, de modelar sus estrategias de ganancia según los mercados, perdiendo en uno para reponerse ganando más en los otros, de aumentar la velocidad de rotación de su capital, de succionar el ahorro local, a veces con cierta colaboración de las cajas públicas y de asegurar mediante la participación o de otro modo la buena voluntad de competidores que no le interesa absorber.

La firma transnacional es mucho más que un órgano puramente comercial y en relación con los mercados. Es un centro de poder pero no solamente con relación al mercado. Su poder es pluridimensional (económico, técnico, monetario, parapoltico). Lo ejerce para cambiar el ambiente por procedimientos económicos y para flexionar o cambiar, según su interés, las reglas del juego de la colectividad en que se inserta.

Las unidades transnacionales desarrollan actividades que forman redes, ponen en relación a un centro ordenador que impone su estrategia a todas las empresas subordinadas.

La casa-matriz señala límites a las iniciativas de sus filiales y logra hacer compatibles con su propia estrategia las

de las firmas que se le asocian en participación o a través de uniones personales.

El éxito depende de la conciliación ingeniosa y dinámica de dos imperativos: la unidad de decisión sobre el conjunto y las iniciativas descentralizadas de las partes.

El poder del capital es una realidad que desborda tal o cual cuadro institucional. Este temible poder es ejercido dondequiera —dice Perroux— por los amos de la máquina apoyados por la fuerza armada.

No se ve, salvo “acontecimientos” exógenos de gran amplitud, que ese poder pueda ser eliminado por alguna “necesidad” de la evolución histórica que sea, más en el occidente donde pertenece a un grupo restringido de capitalistas que en la Unión Soviética donde está confiado a un pequeño número de gerentes tal vez sometidos al partido único.

El poder del capital no podría ser limitado eficazmente sino por las resistencias de los trabajadores organizados y por la elevación del nivel cultural de las poblaciones.

En una evolución de este tipo, supuesto favorable, me inclino a pensar que las unidades transnacionales persistirán como uno de los bastiones capitalistas más resistentes.

El movimiento sindical internacional juega un papel importante y bien hecho por la información que propaga, las operaciones que organiza y las solidaridades (por lentas que sean) que favorece.

Intenta elaborar un contrapoder que trasponga las fronteras; en realidad vuelve a tomar, con esfuerzos nuevos, aquellos movimientos obreros que existieron en el siglo XIX. Por supuesto que no tratarán de destruir el subconjunto cultural y original que es la “nación” considerada como una población modelada por la historia, las costumbres y el esfuerzo común; se ocupa más bien de disipar la ilusión según la que la “nación” se confundiría con una materia prima de la industria mercantil y confiada sólo a los amos de la máquina.

Dice Perroux que el sindicalismo internacional no es adversario de la "nación" tal como ésta se desarrolla en las realidades elementales y cotidianas de la suerte común. Él lucha contra la corrupción de los "nacionales" por la pseudo-civilización del economismo.

Sirve, en suma, como dice Salvador de Madariaga, a la "libertad de las personas", de todas las personas amenazadas por la "libertad de los dividendos".